

del padre, el «resumidor» universal de este mundo que el poeta ha recordado, pasa rápidamente para dejar su lugar a la exclamación final. La casa ya está encendida, y el poema en realidad no termina, pues ahora el poeta va a hablar con sus recuerdos, con sus muertos, con sus amigos y familiares desaparecidos, que han vuelto en este poema palpitante a ocupar su lugar preciso y privilegiado.

Pero en la nueva versión el poeta es más consecuente consigo mismo, y quiere rendir justicia a esta figura entrañable que lo resume todo; de ahí este final totalmente cambiado, donde además Rosales ha querido decir todo lo que se había dejado en el tintero del alma. A riesgo de prolongar indebidamente este trabajo, es preciso citar este largo final, y será ya la última cita también. Este fragmento arranca del verso cuarto de la página 90 de la segunda versión, a la que he referido todas las citas anteriores, por la simple razón de que es la única versión accesible al público, pues la primera está totalmente agotada, y es inverosímil que vuelva a reeditarse jamás en su primitiva redacción; esta última cita, tan larga, desde luego, puede parecer innecesaria, por estar, como digo, al alcance en el mercado. Pero también es cierto que se trata de una cita obligada por todo el planteamiento de este trabajo, y sin la cual la comparación de ambas versiones quedaría truncada:

Y TU QUE FUISTE LA PERSONA A QUIEN MAS HE QUERIDO EN EL
tú que sigues llamándate Miguel, [MUNDO,
tú que sigues llevándome en la voz igual que azúcar desleída,
y eras hijo del pueblo,
y eras seguro y minucioso como los movimientos del cirujano en el quirófano
y trabajabas por entero
como trabajan las raíces en la tierra y las monjas hospitalarias;
y me decías: —El día de hoy será tu herencia, lo que trabajes el día de hoy
[será tu herencia y nada más,
porque todo se logra y se pierde en un día—,
y eras tan ordenado
que cuando te cansabas se convertían tus ojos en un reloj de sol,
y tenías la mirada de tierra labrantia,
y estabas tan integrado con el mundo
que habrías podido ser el mostrador de tu almacén,
o habrías podido ser carpintero, explorador o excelentísimo diputado,
y tenías ese extraño equilibrio
que suma la alegría del Carnaval con el Miércoles de Ceniza,
y hablabas poco a poco para que sólo el ángel glorifique sus alas,
y hablabas necesariamente
como el minero busca la salida en la mina cuando se ha hundido la galería,
y hablabas
como poniendo el mundo en hora,

contando las palabras para economizarte,
igual que ajusta el nadador sus movimientos en el agua,
igual que el pino tiene madera de reacción para
poder enderezar su guía cuando el viento la quebranta o la rompe,
y eras rubio porque siempre te encontrabas en granazón,
y eras derecho sin saberlo,
y eras tan claro que tus manos nos alumbraban en la noche,
y eras cabal, irrevocable y generoso,
tan generoso e irrevocable que bastaba mirarte para saber que tenías que morir
[de una corazonada.

AHORA QUE ESTAMOS JUNTOS COMO LA SED PEGA LOS LABIOS,
quiero decirte solamente una cosa,
quiero decir que te marchaste un día
—eran las dos de la mañana—
para que todo se enderezase,
para que todo se hiciera necesario,
y para que todos los hermanos pudiésemos llevar la vida puesta
como se lleva el brazo a la oficina;
y ahora sigues llamándote Miguel,
y haciéndote miguel
tras de todas las puertas que se abren,
y ahora sigues llamándome tras de todas las puertas que se cierran,
para que no me desanime;
y tendrás un despacho al borde de una acera,
quizá un departamento,
en donde llevarás el inventario de las cartas que no llegaron nunca a su destino,
para tomar alguna provisión,
y mirarás el reloj, de cuando en cuando, para ajustar los hombres y los días,
para que todo siga verdeando como la viña en las paredes,
para que todo siga creciendo,
para que todo siga...;
y llevarás, sin que nadie lo sepa, algún negocio,
tal vez algo importante
como la contaduría de las gotas de lluvia que precisa la tierra para fructificar,
y seguirás haciendo números como quien hace hijos,
y seguirás haciendo hijos,
y seguirás velando el resplandor del oro aún en tu propio anillo matrimonial,
porque la muerte no interrumpe nada.

AHORA QUE ESTAMOS JUNTOS,
ahora que ha vuelto la inocencia,
y la disposición visceral de estas paredes,
ahora que todo está en la mano,
quiero decir algo, quiero decir algo:

El dolor es un largo viaje,
es un largo viaje que nos acerca siempre,
que nos conduce hacia el país donde todos los hombres son iguales;

lo mismo que la palabra de Dios, su acontecer no tiene nacimiento, sino reve-
 [lación,
 lo mismo que la palabra de Dios nos hace de madera para quemarnos,
 lo mismo que la palabra de Dios corta los pies del rico para igualarnos en su
 y yo quiero decirles que el dolor es un don [presencia,
 porque nadie regresa del dolor y permanece siendo el mismo hombre.
 Todo llega en la vida por sus pasos contados,
 la primavera y el verano, la ignorancia y la lluvia,
 porque no hay nada gratuito,
 no hay alegría, por pequeña que sea,
 que no tenga que conseguirse
 como la hormiga testaruda lleva su carga tronco arriba;
 no hay alegría, por importante que nos parezca,
 que no termine convirtiéndose en ceniza o en llaga,
 pero el dolor es como un don,
 nadie puede evitarlo,
 las esperanzas, el amor, el dinero,
 todos los bienes terrenales,
 todos los bienes que llegan, o no llegan, en la vida ya al humo de las velas,
 siempre están contenidos por él y son igual que pájaros que vuelan sobre el mar,
 y son igual que pájaros,
 por más y más que vuelen nunca se apartan de su fin.

AHORA QUE ESTAMOS JUNTOS

y siento la saliva clavándome alfileres en la boca,
 ahora que estamos juntos
 quiero decirles algo,
 quiero decirles que el dolor es un largo viaje,
 es un largo viaje que nos acerca siempre vayamos a donde vayamos,
 es un largo viaje, con estaciones de regreso,
 con estaciones que no volverás nunca a visitar,
 donde nos encontramos con personas, improvisadas y casuales, que no han su-
 [frido todavía.

Las personas que no conocen el dolor son como iglesias sin bendecir,
 y yo quisiera recordarte, padre mío, que hace unos años he visitado a Italia,
 yo quisiera decirte que Pompeya es una ciudad exacta, invariable y calcinada,
 una mujer que está en ruinas igual que una mujer está desnuda;
 cuando la visité, sólo quedaba vivo en ella
 lo más efímero y transitorio:
 las rodadas que hicieron los carros sobre las losas del pavimento;
 así ocurre en la vida;
 y ahora debo decirte
 que Pompeya está quemada por el Vesubio como hay personas que están que-
 pero el dolor es la ley de gravedad del alma, [madras por el placer,
 llega a nosotros iluminándonos,
 deletreándonos los huesos,
 y nos da la insatisfacción que es la fuerza con que el hombre se origina a sí
 y deja en nuestra carne la certidumbre de vivir [mismo,
 como han quedado las rodadas sobre las calles de Pompeya.

ES EL MIEDO AL DOLOR Y NO EL DOLOR QUIEN SUELE HACERNOS
 quien socava las almas [PANICOS Y CRUELES,
 como socavan la ribera las orillas del río,
 y yo he sentido su calambre desde hace mucho tiempo,
 y yo he sentido, desde hace mucho tiempo, que el curso de sus aguas nos
 nos mueve las raíces, sin dejarnos crecer, [arrastra,
 y nos empuja, y nos sigue empujando hasta juntarnos
 en esta habitación que es ya un rescoldo mío,
 en esta habitación en donde las baldosas se levantan un poco
 y ya no vuelven a encajar en su sitio
 como la tierra removida ya no cabe en su hoyo:
 tal vez a nuestro cuerpo ocurra igual,
 pero ¡no importa!,
 ahora que estoy en la estación y he regresado del viaje,
 ahora que he regresado de vivir y llevo el equipaje a cuestas
 como se lleva el óleo para la extremaunción,
 ahora que me he quedado huérfano como una galería donde suena un reloj
 ahora que estoy cicatrizado, abierto y disponible, [que no está allí,
 dame la mano igual que yo saltaba entonces el mostrador de la tienda para
 dame la mano porque la sed es como un luto [llegar a ti,
 y hace crecer en nuestra boca minutisas, silencios y claveles,
 dame la mano, sí, dame la mano
 hasta que sienta horadada su palma
 y se me vaya transfundiendo el cuerpo por aquel sumidero;
 dame la mano en la espesura de la noche y en las claras del día,
 en la vejez con las venas cortadas que me acoge en su hastial,
 en los largos paseos del verano donde suenan los pasos de los muertos junto a
 y en el tren, [los pasos de los vivos,
 en la desolación que no se acaba y en la inocencia que capitula,
 dame la mano, sí, dame la mano así en la vida como en la muerte,
 así en la tierra como en el cielo.

Y AHORA VAMOS A HABLAR, ¿SABEIS?, VAMOS A HABLAR,
 como si hubiera empezado el deshielo
 y ya estuviere circulando la misma sangre en nuestros corazones,
 y todo comenzase, al fin, como sube a los pechos de la madre la leche cuando
 y todo hubiese ya empezado en un lugar del mundo, [la boca la solicita,
 en un lugar, sin minuciosidades, que Dios debe tener ya preparado para nosotros,
 con un salón de costura y un despacho y unas estanterías con libros y con
 [cuadros,
 en un lugar en donde el tiempo se ha convertido, de repente, en la palabra
 esta palabra misma: [ahora,
 ahora,
 que ayer era un latido perdiéndose en la lluvia,
 y hoy ya junto a vosotros, crece y se agranda hasta borrar el mundo,
 porque empieza el deshielo,
 porque empieza el deshielo y yo he llegado a tener la estatura de una gota
 porque soy como un niño que despierta en un túnel, [de agua,
 y jamás he sentido la plenitud que estoy sintiendo en este instante,
 la plenitud que no puede acabar, si no es conmigo,

se ha profundizado, ha buscado en su propio interior sus razones de desarrollo y ampliación. Hay menos referencias circunstanciales, un menor totalitarismo expresivo, y una creciente espiritualización. No se crea, tampoco, que Luis Rosales, que apareció en la vida literaria española casi como un neoclásico, utilizó en 1949 el verso libre y caudaloso para seguir alguna moda impuesta por las circunstancias poéticas. Ni mucho menos, pues en su primer libro, el ya citado *Abril*, de 1935, encontramos el mismo tipo de composición, sobre todo en algunos poemas de su parte segunda: en *Memoria de la sangre*, *Misericordia*, *Ascensión hacia el reposo* y *Anunciación y bienaventuranza*, que, cosa curiosa, son también los de mayor sentido religioso del libro. Todo ello, los versos que se pasan de un libro a otro, de un lugar a otro del mismo libro, los temas recurrentes, que se tocan o entrecruzan, el camino ascendente de unas técnicas anunciadas en unos libros y que pasan a otros, indica que la obra de Luis Rosales es una obra en marcha, cuyo paso y ritmo es fácilmente perceptible, cuya andadura puede respirar el lector con una mínima atención. Forma también un conjunto unificado, unitario, que en nada se contrapone a este proceso de la obra en marcha. De ahí los dos últimos datos: uno, las constantes revisiones, que atormentarán al poeta durante toda su vida—estoy seguro de ello—y otro el sentimiento complementario de que está siempre «escribiendo el mismo libro». No quiere decir esto que Rosales se repita, ni mucho menos —ni siquiera estas dos versiones de *La casa encendida* están «repetidas»—, sino de que todo forma parte de un libro más amplio, más difuso tal vez, que será la obra completa del poeta, poseedora —y esto ya empieza a advertirse— de una univocidad aplastante.

Por ello estas modificaciones surgen además del interior de la obra, y no son gratuitas, ni mucho menos, sino exigidas por su dialéctica interna, por la necesidad de profundizar. De ahí que, a mi modo de ver, se haya resuelto sola la académica y bizantina cuestión de saber si es lícito retocar una obra ya dada al público, ya entregada a los lectores. En arte, lo que cuenta es el resultado, y la licitud no depende más que de la mejora estética. Esto es algo implacable y definitivo, y se asemeja a la famosa cuestión del plagio que utilizaba Moreto: sólo es lícito acompañado del asesinato. De alguna manera las nuevas versiones «asesinan» a las antiguas, y la labor del poeta, que es un creador dubitativo, en constante revisión de sí mismo, se convierte en un diálogo angustiado y creador consigo mismo y con su propia obra. Pues, enfrentado ya con su propio destino, Luis Rosales, al comienzo y al final de su obra, se interroga casi de la misma manera; cuando ha terminado un libro se siente —pienso— como si

tuviera que empezarlo de nuevo, pues la muerte no separa nada, y la vida siempre está por delante. Esta «prolongada, densa sucesión de retrasos, discusiones, ternura, teorías, ilusiones, ensayos, delicadeza, ceceos, un corazón como una casa, poemas, amigos, inteligencia inventora, tabaco negro y coñac» —según el célebre retrato que hizo de Rosales Dámaso Alonso— está todavía empezando a hablar. Ha hablado mucho, pero es como si no lo supiera y vuelve otra vez a decirnos, a decir a los lectores a cada nueva vuelta del camino, «ahora, ¿sabéis?, vamos a hablar, vamos a hablar».

París, marzo 1972.

RAFAEL CONTE